



Jorge Mario Jáuregui. Favela Morro dos Macacos. Escaleras.

*“Cada calle que aparece puede ser una callejuela sin salida, pero cuando se trata de favela cerro, (...) es más fácil salir que entrar, ya que para salir, es necesario bajar siempre bajar, y así las salidas se hacen más evidentes. Es preciso, entonces, seguir los límites de la ciudad formal, al entrar en la ciudad planeada se sale de la favela. Subir es mucho más difícil. Un extraño tiene que estar acompañado de un hilo de Ariadna-favelado que le muestre el camino que lo lleva al alto, evitando sobretudo los escondrijos de los minotauros-trafficantes.”**

*Paola Berenstein Jacques. *Estética da Ginga* p66 (T.d.a.).

solamente parece ser entendido cuando se contrasta con el caos. Tratándose de una instalación exclusivamente de uso comunitario, su papel como fragmento articulador de la esfera pública se ve naturalmente privilegiado por su propia función, liberando la concepción formal para una lectura más contextual.

La lavandería, a su vez, se inserta en la esquina de dos importantes accesos al interior del Morro dos Macacos. Una intervención en menor escala y dentro de un camino ya consolidado, resultó en un objeto que manifiesta su presencia en las formas y volúmenes irregulares tratados con fuerte contraste cromático. Como queriendo resaltar la novedad dentro del trayecto cotidiano y poco atrayente, Jáuregui ofrece un retrato utópico de como podrían ser las construcciones de esta favela, en caso de que algún día pudiesen ser finalizadas.

Debe observarse en estas obras, un formalismo nada convencional o gratuito que es modelado a partir del campo de tensiones en que cada objeto está insertado. No vemos en las formas de Jáuregui recursos figurativos fáciles o cualquier referencia literal a la realidad de la favela. Se trata de un sutil mecanismo, de crear relaciones dialécticas que respondan a situaciones puntuales, dentro de un universo complejo.

En una mirada comparativa percibimos, en estas nuevas construcciones, que la osadía en el trato cromático es inversamente proporcional a la escala de los



Jorge Mario Jáuregui. Favela Morro dos Macacos. Lavandería.

objetos proyectados y a la regularidad formal propuesta. Cuanto más contrasta el edificio formalmente en el conjunto de la favela, más discreto es en sus colores. Lo que unifica estos distintos objetos, es la predominancia de superficies monocromáticas en la totalidad de la composición. Una sensación de conclusión, permanencia y deber cumplido bastante deseada, aunque difícilmente lograda por la mayoría de los habitantes de las chabolas.

Pensado a partir de la inserción de fragmentos y sobre los principios rizomáticos el proyecto de Jáuregui debe ser admirado a través de una lente distante, pues la mayor riqueza de su propuesta no se encuentra en la escala de los detalles constructivos, ni tampoco en la excelencia de los materiales. Para dialogar con el caos y el conflicto que impera en esta comunidad, Jáuregui adopta actitudes criteriosas derivadas de una atenta lectura de la estructura física y social del lugar. Como resultado, obtenemos edificios y espacios comunitarios que imprimen trazos particulares de orden de referencia urbana, pero que aún lidian con el caos límite de la favela, es una línea de fuga, tal vez para la conquista mayor de los *terrain vague* de la ciudad del plano, soluciones formales de gran originalidad, y una estrecha “complicidad” con la realidad existente. Arquitecturas cuidadosas que despiertan algo de orgullo ciudadano para esta parcela de la población constantemente excluida.

Jáuregui realiza el desafío de trabajar estos espacios de lo intersticial, planteando estructuras rizomáticas. Plantear el caos y la dispersión desde dentro del mismo caos y dispersión. Se trata de buscar intensidades.

“Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, por que la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad del huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día. Luego regresó a Arabia, juntó a sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribó sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días y le dijo: “¡Oh rey del tiempo y sustancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en el laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te vedan el paso.”

*Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con Aquel que no muere.”**

*BORGES, Jorge Luis. “Los dos Reyes y los dos Laberintos”. In: **El Aleph**. Buenos Aires: Emecé, 1949.